

FRONTERAS DIFUSAS

RESUMEN EN ESPAÑOL

Agradecemos enormemente a Andrea Cornwall por haber facilitado de manera decisiva la elaboración de este resumen.

Parte I: Resumen e introducción	4
Parte II: Notas metodológicas y fundamentos teóricos	8
Parte III: De los feminismos antigénero a los feminismos transexcluyentes: genealogías y convergencias	10
Parte III (continuación): Estudios de caso – ataques contra el Ministerio de la Mujer, la guerra digital y la revisión de la CEDAW	14
Parte IV: El caso de la relatora y la transnacionalización de las políticas antigénero	18
Parte V: La Institucionalización – la <i>Mátria</i> y la legalización del feminismo antigénero	20
Parte VI: El diagonalismo y la difuminación de las fronteras	22
Parte VII: Los efectos – la violencia, la confusión y la crisis de la política feminista	25
Parte VIII: Conclusión – género, democracia y el nuevo orden mundial antigénero	28
Referencias	30

Resumen

Este artículo examina el surgimiento, la consolidación y los efectos políticos de las corrientes feministas antigénero y transexcluyentes en Brasil entre la década de 2010 y mediados de la década de 2020, tal y como se recoge en *Fronteiras Borradas: Movimentos Feministas e de Mulheres e Política Antigênero no Brasil* (2025). Basándose en los hallazgos empíricos, los análisis de redes y las entrevistas de dicho informe, este artículo sitúa los feminismos «esencialistas» de Brasil dentro de la ola transnacional más amplia de políticas antigénero que ha reconfigurado los paisajes democráticos globales. Asimismo, sostiene que el caso brasileño ejemplifica lo que Sonia Corrêa denomina «el difuminado de las fronteras»: los cruces diagonales entre actores de derecha, religiosos y feministas que han convertido la cuestión de género en un campo de batalla central de la reacción en el siglo XXI.

Desde el punto de vista metodológico, el artículo entrelaza el análisis documental y la teoría feminista para interpretar cómo el discurso antigénero migró de la producción doctrinal del Vaticano a la política estatal brasileña bajo el mandato de Jair Bolsonaro (2019-2022) y, posteriormente, resurgió con renovado vigor bajo la apariencia de un transexclusionismo «feminista» tras la derrota de Bolsonaro. El artículo recurre a las ideas de Judith Butler sobre la performatividad y la vulnerabilidad de género, a las de Sara Ahmed sobre la política del afecto y «la feminista aguafiestas», y a la noción de diagonalismo de Callison y Slobodian para analizar cómo los flujos ideológicos entre la izquierda y la derecha han reconfigurado los terrenos feministas. Concluye que el feminismo antigénero en Brasil opera como un eje de confusión — un pivote que vincula las moralidades religiosas reaccionarias, el nacionalismo secular y el discurso feminista —, intensificando, de este modo, la crisis contemporánea de la democracia y de la propia política feminista.

Introducción: género, antigénero y la coyuntura brasileña

«Desde mediados de la década de 2010», comienza *Fronteiras Borradas*, «hemos sido testigos de la erupción de ciclones antigénero que, junto con otros factores, han

alimentado giros hacia la extrema derecha que han alterado profundamente los paisajes políticos de América y Europa. Brasil ocupa un lugar importante en esta geografía». Esta formulación marca la pauta de una investigación que es a la vez nacional y planetaria: Brasil se convierte en un microcosmos de una reacción global en la que la noción misma de género funciona como chivo expiatorio ideológico.

Como señala el informe, «a principios de la década de 2000, por primera vez, la categoría acusatoria “ideología de género” apareció en un discurso político en el Congreso Nacional», una frase que pronto se diseminó «a través de los canales católicos y las redes sociales». A principios de la década de 2010, los debates sobre el Plano Nacional de Educación (2014-2024) desencadenaron una enérgica campaña contra la inclusión del género en los planes curriculares. El repertorio antigénero — con sus conocidos tropos de pánico moral, protección infantil y soberanía nacional — se convirtió en un conducto crucial para la movilización de la extrema derecha. En 2018, estas tormentas discursivas «se transformaron en fantasmagorías que acechaban las elecciones que llevaron al poder a Jair Bolsonaro».

El título del informe — *Fronteiras Borradas* («Fronteras difusas») — resume su hallazgo clave: que las fronteras entre la política feminista, la conservadora y la de extrema derecha se han vuelto porosas. Corrêa y sus colaboradores destacan que «a partir de 2019, la ideología antigénero se trasladó a la gramática del Estado y las políticas públicas», reconfigurando los derechos humanos, la educación, la salud y la política exterior. Al mismo tiempo, «voces y colectivos feministas... comenzaron a posicionarse con creciente vigor en contra del concepto de género y especialmente en contra de los derechos de las personas trans».

Esta convergencia entre los antagonismos feministas y de extrema derecha hacia el género no es exclusiva de Brasil. Refleja lo que ocurre en toda Europa y América, donde los feminismos «críticos del género» o «transexcluyentes» han adquirido legitimidad discursiva al invocar el lenguaje de los derechos de las mujeres. Sin embargo, como nos recuerda Butler (2022), las campañas antigénero operan a través de la captura ontológica: redefinen el propio feminismo como un proyecto de esencialismo biológico y exclusión. Lo hacen «replantando la crítica feminista como una defensa de la naturaleza, el sexo y la familia — precisamente las categorías que en su día fueron objeto de la deconstrucción feminista».

En Brasil, la alineación entre el feminismo antigénero y el populismo de extrema derecha se desarrolló en un contexto marcado por el conservadurismo religioso, el resurgimiento de la nostalgia autoritaria y la desinformación digital. La administración de Bolsonaro institucionalizó la «ideología de género» como enemiga del Estado, mientras que las feministas transexcluyentes — que a menudo se autodenominan «radicales» o «críticas del género» — reformularon esta hostilidad en el lenguaje de la protección de las mujeres. El informe identifica seis grupos clave en esta red emergente:

- Las feministas radicales «originales», herederas de las tradiciones separatistas de la década de 1970.
- Los movimientos de madres y sobrevivientes, arraigados en campañas contra la alienación parental.
- Los neoliberales y los ultraconservadores religiosos, principalmente católicos.
- La extrema derecha laica y los políticos bolsonaristas.
- Las redes transnacionales como Women's Declaration International (WDI) y Alliance Defending Freedom (ADF).
- Y los «nodos de articulación»: actores clave que facilitan las alianzas entre estos ámbitos.

Este mapeo ya apunta a la problemática central del artículo: la forma en que el género se ha convertido en el pegamento ideológico que une proyectos políticos dispares. Como sostiene Ahmed (2017), los afectos circulan a través de dichas alianzas — miedo, resentimiento, repugnancia — produciendo emociones «pegajosas» que se adhieren a los cuerpos y a los conceptos. En Brasil, como demuestra *Fronteiras Borradas*, estos afectos se han cristalizado en torno a la figura de la mujer trans, construida simultáneamente como amenaza, impostora y síntoma de la decadencia moral.

La investigación en la que se basa el informe combinó «una breve revisión bibliográfica para reconstruir la genealogía de estas corrientes» con «tres estudios empíricos complementarios: análisis de redes sociales utilizando Gephi, observación de redes sociales y entrevistas con activistas feministas y académicas de estudios de género». Este pluralismo metodológico permite una triangulación poco común entre la etnografía digital y la teoría feminista. Las autoras señalan que la recopilación de datos se concluyó a principios de 2024, justo antes de dos acontecimientos cruciales: el registro formal de la *Mátria Associação de Mulheres, Mães e Trabalhadoras do Brasil* (octubre de 2023), que pronto se convertiría en la plataforma institucional del feminismo esencialista, y el «regreso

de Trump al poder en los Estados Unidos», cuya administración en 2025 se comprometió a «combatir enérgicamente la ideología de género».

Por lo tanto, el escenario brasileño debe interpretarse dentro de lo que Corrêa denomina «el nuevo orden mundial antigénero». Esta coyuntura, marcada por la Orden Ejecutiva de Trump titulada «Defensa de las mujeres contra el extremismo de la ideología de género y restauración de la verdad biológica en el Gobierno Federal» (febrero de 2025), ejemplifica la difusión transnacional de las políticas de género reaccionarias. Dicha orden, al declarar que «solo existen dos sexos», tomó prestada explícitamente su retórica — «defender a las mujeres de la ideología de género» — del discurso feminista transexcluyente.

Este artículo sitúa a *Fronteiras Borradas* en el marco de tres debates que se superponen. En primer lugar, aborda la creciente bibliografía sobre el **movimiento antigénero global**, que académicos como Paternotte y Kuhar (2017) y Corrêa et al. (2021) describen como un «pegamento simbólico» para diversas fuerzas de derecha. En segundo lugar, contribuye a los debates sobre el **feminismo transexcluyente** y la crisis de la epistemología feminista (véase Pearce et al. 2020; Butler 2022; Ahmed 2021). En tercer lugar, aborda la preocupación de la teoría política por el **diagonalismo** — los flujos ideológicos híbridos entre la izquierda y la derecha que Callison y Slobodian (2023) han identificado como definitorios de nuestro momento pospandémico.

Al leer *Fronteiras Borradas* a través de estas lentes, el artículo plantea tres argumentos:

1. Que el feminismo antigénero en Brasil opera como una **formación diagonal**, difuminando los límites entre el activismo feminista y la reacción de extrema derecha.
2. Que esta formación funciona a través de **economías afectivas** del miedo y el pánico moral que precarizan las vidas trans mientras reivindican el manto de la protección de las mujeres.
3. Que la institucionalización de estos movimientos — en particular a través de la *Mátria* — señala un **cambio cualitativo** del discurso digital a la intervención legal y política.

Las siguientes secciones desarrollarán estas afirmaciones, pasando de la reconstrucción genealógica del informe a los estudios de caso, antes de tratar la reflexión teórica sobre la difuminación de las fronteras políticas.

Reflexiones metodológicas

«*Fronteiras Borradas*» destaca entre el creciente corpus de estudios antigénero las razones por las cuales no se aborda a Brasil simplemente como un caso nacional, sino como un nodo dentro de una red transnacional de producción ideológica. Su metodología, tal y como explican los autores, combinó «una breve revisión bibliográfica para reconstruir la genealogía de estas corrientes» con «tres estudios empíricos complementarios: análisis de redes mediante Gephi, observación de redes sociales y entrevistas semiestructuradas». El proyecto se llevó a cabo entre 2023 y principios de 2024, y culminó en una cartografía detallada de actores, alianzas y estrategias discursivas.

Lo que surge no es una narrativa lineal, sino una **ecología de la influencia**. El mapa de la red identifica seis grupos — desde feministas radicales y movimientos maternalistas hasta ultraconservadores religiosos, partidos de extrema derecha y organizaciones transnacionales — conectados a través de lo que el informe denomina «*nodos de articulación*». Estos ejes (influencers individuales, periodistas, fundadores de ONG) permiten flujos de discurso, financiación y legitimidad a través de las fronteras ideológicas.

Esta metodología resuena con la insistencia de Donna Haraway (1988) en los *conocimientos situados* (*situated knowledges*): la idea de que la investigación feminista debe cartografiar su propia posicionalidad dentro de terrenos de poder disputados. En este caso, el mapeo no es metafórico, sino literal: una visualización de cómo los vectores ideológicos atraviesan los espacios digitales e institucionales. Al rastrear hashtags, reposts y eventos colaborativos, el estudio expone la dimensión infraestructural de lo que Butler (2004) denomina «el marco de reconocimiento»: las condiciones sociales que determinan qué vidas se consideran inteligibles como humanas.

Es importante destacar que el informe no limita su mirada a los actores de extrema derecha. En cambio, cuestiona cómo «la difusión de la retórica feminista esencialista dentro de los espacios progresistas» complica la oposición convencional entre la política reaccionaria y la emancipatoria. Como observa una de las entrevistadas, una académica trans: «La mayoría de los investigadores no se alinearían con la transfobia de este movimiento, pero debemos reconocer que esto existe. De modo que es necesario construir políticas de alianza con estos académicos». Esta insistencia en los matices subraya la

negativa de los autores a reducir el campo a moralidades binarias.

Anclajes teóricos

Para interpretar esta complejidad, el informe invoca implícitamente tres marcos teóricos que este artículo hace explícitos.

En primer lugar, el **género como ontología controvertida**. Siguiendo la teorización de Butler (1990, 2004) sobre la performatividad de género, la política antigénero puede interpretarse como una reacción contra la pluralización ontológica que el feminismo y la teoría queer han desencadenado. La insistencia en que «mujer = ser humano adulto de sexo femenino» — una fórmula repetida incesantemente por los colectivos brasileños que excluyen a las personas trans — funciona como un *recierre ontológico*, un intento de reestablecer el sexo como fundamento del orden político.

En segundo lugar, **las economías afectivas**. El análisis de Sara Ahmed (2017) sobre cómo las emociones se «adhieren» a los cuerpos y a los signos ayuda a esclarecer el tono visceral del discurso antigénero. El miedo a la borradura, el asco hacia la encarnación trans y la nostalgia por la pureza maternal circulan como mercancías afectivas, creando lo que *Fronteiras Borradas* denomina «una avalancha de comentarios transfóbicos» en las redes sociales. Estos afectos unen a actores dispares — madres, académicos, conservadores religiosos — en una comunidad de sentimiento.

En tercer lugar, el **diagonalismo y el confusionismo**. Basándose en el concepto de diagonalismo de William Callison y Quinn Slobodian (2023) — el deslizamiento ideológico por el cual la derecha y la izquierda convergen en torno a cosmovisiones conspirativas o antiliberales —, el informe identifica un «esfumado de fronteras» similar dentro del propio feminismo. Como señala Corrêa, «estas figuras tienden puentes entre la izquierda, la derecha, el liberalismo y la ultraderecha; entre feminismos amplios, grupos maternalistas y voces transexcluyentes». El resultado es lo que el sociólogo Philippe Corcuff (2021) denomina «*confusionismo*»: un vórtice de discursos contradictorios que, en última instancia, consolida el poder reaccionario.

En conjunto, estos marcos nos permiten leer *Fronteiras Borradas* no solo como un diagnóstico nacional, sino como una contribución a la teoría feminista global: un llamado a analizar cómo las formaciones antigénero funcionan como infraestructuras tanto epistémicas como afectivas del autoritarismo.

PARTE III: DE LOS FEMINISMOS ANTIGÉNERO A LOS FEMINISMOS TRANSEXCLUYENTES: GENEALOGÍAS Y CONVERGENCIAS

El panorama feminista brasileño ha sido heterogéneo desde hace mucho tiempo. Sin embargo, como demuestra *Fronteiras Borradas*, «desde principios de la década de 2010, cuando comenzaron las campañas contra la “ideología de género” en la educación, las corrientes del feminismo esencialista han encontrado una nueva vitalidad». El informe traza esta genealogía a través de tres oleadas que se superponen.

1. Los primeros esencialismos (décadas de 1970 a 2000)

La primera ola está compuesta por las «feministas radicales originales», herederas del separatismo de la segunda ola, quienes fundamentaban la opresión de la mujer en el dimorfismo sexual. Estas figuras, aunque históricamente marginales en Brasil, mantuvieron pequeños círculos académicos que valoraban «el cuerpo femenino como lugar de resistencia». Su discurso, aunque no era explícitamente antitrans, se inclinaba hacia el determinismo biológico.

En la década de 2000, la institucionalización de las políticas de género bajo el Partido de los Trabajadores (PT) — como la Secretaría de Políticas para las Mujeres — generó fricciones entre las ONG feministas alineadas con el feminismo de Estado y las corrientes radicales autónomas. Estas últimas acusaron al Estado de «burocratizar» el feminismo y diluir su esencia revolucionaria. Esta tensión, como sugiere el informe, sentó las bases para posteriores alianzas entre feministas radicales y libertarios antiestatales.

2. El momento antigénero (2013-2018)

La segunda ola surgió en medio del «pánico moral en torno a la “ideología de género”» que se extendió por América Latina a partir de 2013. Haciéndose eco de las campañas del Vaticano y de los evangélicos, los bloques conservadores brasileños denunciaron la educación de género como «adoctrinamiento». Las feministas que anteriormente habían criticado el patriarcado desde un punto de vista materialista comenzaron a adoptar retóricas similares, replanteando la teoría de género como una

imposición elitista.

Como señalan Corrêa et al. (2021), la cruzada antigénero sirvió como «un pegamento metapolítico» que unió a neoliberales, nacionalistas y fundamentalistas religiosos. En Brasil, coincidió con movilizaciones masivas contra la presidenta Dilma Rousseff (2015–16) y allanó el camino para el ascenso de Bolsonaro. Durante este período, el léxico antigénero se amplió: la «ideología de género» se convirtió en sinónimo de decadencia moral, corrupción sexual e injerencia extranjera.

El informe de *Fronteiras* observa que, para 2018, «estas campañas se habían transformado en fantasmagorías que acechaban las elecciones que llevaron al poder a Jair Bolsonaro». Lo que había comenzado como propaganda eclesiástica era ahora una narrativa estatal. Los discursos de Bolsonaro, que a menudo citaban «la defensa de los niños», resonaban con el maternalismo feminista — una convergencia que más tarde se cristalizaría en los movimientos de «madres y sobrevivientes», fundamentales para el transexclusionismo contemporáneo.

3. Esencialismo posbolsonarista (2022-2025)

La tercera y más reciente ola — el tema central de *Fronteiras Borradas* — surge, paradójicamente, **tras la derrota de Bolsonaro**. Las autoras señalan una «franca intensificación» de las ofensivas transfóbicas desde 2023, impulsadas tanto por ataques legislativos de la extrema derecha como por feministas esencialistas que apuntan al Ministerio de la Mujer e intensifican los ataques contra las personas trans y el activismo trans, particularmente en las redes sociales. En este contexto, las feministas esencialistas no actuaron simplemente como instrumentos de la extrema derecha, más bien, impulsaron agendas paralelas y convergentes.

«Aunque son más visibles en el ecosistema de la extrema derecha», señala el informe, «estas ofensivas también aparecen en la izquierda del espectro político, donde se manifiestan de manera más sutil, por lo general subsumidas bajo críticas a la “política de identidad”». Esta es una idea clave: el feminismo antigénero prospera en la diagonal. Los intelectuales de izquierda condenan la «fragmentación de las luchas», haciéndose eco de las denuncias de la extrema derecha contra el identitarismo. Como lamenta una voz de un partido político citada en el informe: «La derecha tiene cinco puntos — el aborto, las

cuestiones LGBT, el comunismo...— y los repite constantemente. Nosotros, en la izquierda, estamos fragmentados».

Esta retórica refleja lo que Fraser (2013) denominó la reacción contra el «neoliberalismo progresista»: la acusación de que el feminismo y las políticas de diversidad desviaban la energía de la justicia económica. En el caso brasileño, tales críticas se entrelazan con el giro transexcluyente, produciendo lo que el informe denomina «ecos de ataques antiidentitarios dentro de la propia izquierda».

Narrativas y afectos

En el centro de estas convergencias se encuentra la narrativa afectiva de la *amenaza*. Las feministas esencialistas afirman defender a las mujeres de la intrusión de «hombres que se identifican como mujeres», reproduciendo así los tópicos coloniales y patriarcales de la invasión. Tal como documenta *Fronteiras Borradas*, cuando el Ministerio de la Mujer publicó un mensaje celebrando la inclusión trans — «el ministerio es “para todas las mujeres, porque son diversas y plurales”» — esto desencadenó «una avalancha de comentarios transfóbicos». Los estribillos más comunes eran que «el Ministerio se había convertido en el “Ministerio de los Hombres”» y que la inclusión trans constituía «la borradura de las mujeres».

La noción de Ahmed (2021) sobre la *melancolía feminista* ayuda a esclarecer esta dinámica: la sensación de que el feminismo ha «perdido su objeto», de que las mujeres como categoría política están desapareciendo. El discurso transexcluyente convierte esta melancolía en resentimiento, dirigido contra las mujeres trans como símbolos de la supuesta traición del feminismo.

El informe detalla cómo tales narrativas pasaron rápidamente de los hilos de comentarios a campañas organizadas: una petición en *Change.org* que exigía «un Ministerio de la Mujer exclusivo para mujeres» acumuló más de mil firmas en cuestión de días. Esta escalada ejemplifica lo que Ahmed denomina «economías afectivas de la repetición»: la circulación en bucle de la indignación que consolida la identidad a través de la oposición.

Infraestructuras digitales del odio

El mapeo de redes sociales del equipo de *Fronteiras* revela cómo estos afectos se amplifican algorítmicamente. Influencers con decenas de miles de seguidores despliegan memes irónicos, «premios» como el *Oscar TERF* y *Tia Lydia Brasil* (que se burlan de figuras feministas y gubernamentales), y videos virales que exponen o «misgendizan» a activistas trans.

Estas tácticas, sostiene el informe, reflejan las de la extrema derecha: «el perfilado de enemigos públicos, la tergiversación de documentos y el spam masivo en los comentarios». La convergencia no es meramente estilística, sino infraestructural. Las mismas plataformas — Instagram, Telegram, X (antes Twitter) — albergan tanto redes bolsonaristas como redes transexcluyentes, que a menudo comparten contenido palabra por palabra.

Esta digitalización de la reacción recuerda el análisis de Zeynep Tufekci (2017) sobre el autoritarismo en red: la capacidad de los públicos digitales descentralizados para movilizar el pánico moral al tiempo que se niegan la responsabilidad institucional. En el caso brasileño, las fronteras porosas entre las redes feministas y de extrema derecha ejemplifican el vórtice «confusionista» descrito por Corrêa: una ecología donde los significantes ideológicos pierden coherencia pero ganan viralidad.

El Ministerio de la Mujer como blanco

Si las guerras antigénero en Brasil tienen un epicentro simbólico, este es el Ministerio de la Mujer (MM). Creado a principios de la década de 2000 y reactivado por el presidente Luiz Inácio Lula da Silva en 2023, el Ministerio se convirtió, en cuestión de meses, en «un pararrayos para la movilización transfóbica». El informe sitúa esta ofensiva dentro de una secuencia de campañas digitales coordinadas que revelan «la amplificación y diversificación del campo feminista esencialista».

La chispa inicial fue banal: una publicación en redes sociales del 26 de enero de 2023 en la que se mostraba a la ministra Aparecida Gonçalves recibiendo a representantes de la *Associação Nacional de Travestis e Transexuais* (ANTRA) y su informe anual *Dossiê Assassinatos e Violências contra Travestis e Transexuais Brasileiras*. El pie de foto declaraba: «El ministerio es “de las mujeres” porque son diversas y plurales».

En cuestión de horas, «una avalancha de comentarios transfóbicos» inundó la publicación. El informe documenta más de 2800 comentarios, la mayoría de los cuales afirmaban que «mujer = ser humano de sexo femenino», acusaban al Ministerio de «borrar a las mujeres» y lo tildaban de «Ministerio de los Hombres». Otros instaban a los seguidores a exigir, a través de la *Ley de Acceso a la Información* de Brasil, la «definición de mujer» del Ministerio.

Estos ataques semánticos replantean la burocracia como ideología: al obligar al Ministerio a «definir» la feminidad, los actores antigénero buscaban exponer lo absurdo de la inclusividad de género. En cuestión de días, circuló una petición en *Change.org* titulada «Por un Ministerio de la Mujer exclusivo para las mujeres», que reunió más de 1000 firmas.

El patrón refleja las estrategias transnacionales identificadas por Paternotte y Kuhar (2017): fabricar crisis administrativas para deslegitimar las políticas de género. En este caso, el intento del Ministerio de reconocer la ciudadanía de las mujeres trans se convirtió en prueba de la traición feminista.

La paradoja del compromiso: Cida Gonçalves se encuentra con las esencialistas

En mayo de 2023, la ministra Gonçalves accedió a reunirse virtualmente con un grupo de personas que se autodenominan «feministas radicales», entre las que se encontraban influencers que habían participado en los ataques de enero. Oficialmente, el objetivo de la reunión era debatir «la infrarrepresentación de las mujeres y la violencia política». Sin embargo, el colectivo participante, *Raízes Feministas SC*, lo replanteó en línea: «Tuvimos la oportunidad de contarle al ministro lo que las mujeres comunes, las feministas radicales y las mujeres críticas del género han sufrido desde que se implementaron las políticas de autoidentificación de género».

Este replanteamiento convirtió un gesto de diálogo en un acto de legitimación. Como señala el informe, «entre los asistentes se encontraba una destacada influencer digital que actualmente enfrenta un proceso judicial por transfobia». El episodio resume el dilema al que se enfrentan las instituciones feministas en contextos democráticos: si involucrar a los actores antigénero bajo la bandera del pluralismo, o aislarlos y arriesgarse a ser acusadas de censura.

Desde una perspectiva butleriana, este encuentro dramatiza la tensión entre la inclusión deliberativa y los límites del reconocimiento. Cuando el propio ámbito político se organiza en torno a la negación de la legitimidad de ciertos sujetos, el «diálogo» corre el riesgo de reproducir esa negación (Butler 2015).

La campaña «Brasil Sem Misoginia»

Unos meses después, en octubre de 2023, el Ministerio lanzó *Brasil Sem Misoginia*, una amplia campaña contra la violencia de género en la que participaron organismos gubernamentales, la sociedad civil y figuras culturales. Si bien la iniciativa buscaba poner de relieve la misoginia estructural, los grupos transexcluyentes aprovecharon la participación de ANTRA como prueba de la «captura» del Estado. Un colectivo publicó un meme que decía: «La guarida de los lobos se une al Ministerio de las Ovejas». Entre los hashtags se incluían #MulherNãoÉSentimento («la mujer no es un sentimiento») y #SexoNãoÉGênero («el sexo no es género»).

Una vez más, el lenguaje se convierte en arma. Al redefinir la misoginia como exclusivamente cisgénero, las feministas esencialistas posicionaron a las mujeres trans como agentes patriarcales en lugar de víctimas del sexismo. Esta inversión ilustra lo que Ahmed (2017) denomina «la interpretación errónea deliberada» que sustenta los afectos reaccionarios: el propio feminismo se convierte en el opresor percibido.

Los premios «Tía Lydia» y la gamificación del odio

Para enero de 2024, la hostilidad hacia el Ministerio se había convertido en entretenimiento performativo. Una prominente cuenta de Instagram transexcluyente lanzó los *Oscar TERF 2023* y el *Prêmio Tia Lydia* (que lleva el nombre de la ejecutora de la subyugación femenina en *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood). Las categorías incluían «Mejor página TERF», «Peor página para los derechos de las mujeres» y «Tia Lydia Brasil 2023».

Entre las nominadas al «Tia Lydia Brasil» se encontraban intelectuales feministas (Sônia Corrêa, Vera Iaconelli), políticas de izquierda (Fernanda Melchionna) y la ministra Cida Gonçalves, acusada de «negarse a definir qué es una mujer». Gonçalves «ganó» por votación popular.

La ironía de adoptar el icono distópico de Atwood para burlarse de las feministas pro-género subraya la inversión cultural que está en juego. Como observa el informe, «estos rituales digitales de humillación transforman el reconocimiento feminista en un espectáculo de traición». Replican la política de memes de la extrema derecha: el humor como deshumanización.

«Video-Denuncia» y la instrumentalización de la vigilancia

La campaña se intensificó el 29 de abril de 2024, cuando una influencer con más de 100.000 seguidores publicó una grabación de audio no autorizada de una empleada del Ministerio en la que afirmaba: «una mujer trans es una mujer — eso no es discutible». La publicación exigía su destitución y la de la ministra, etiquetando a Lula, a Janja da Silva y a los principales medios de comunicación.

En junio, el video contaba con 32.000 «me gusta» y casi 3.000 comentarios: un caso arquetípico de justicierismo digital. Una semana después, la misma cuenta publicó nuevas grabaciones que vinculaban al Ministerio con la misión pospuesta de la Relatora Especial de las Naciones Unidas sobre la Violencia contra las Mujeres, Reem Alsalem. La narrativa de la «censura estatal de las mujeres reales» fusionó así los ámbitos nacional e internacional.

La CEDAW y la internacionalización de la hostilidad

Cuando Brasil compareció ante el Comité de la CEDAW en mayo de 2024, los colectivos esencialistas aprovecharon el escenario mundial para acusar a la delegación — encabezada por la ministra Gonçalves y con la participación de la activista trans Symmy Larrat — de «borrar a las mujeres». Una publicación de Instagram declaraba: «La ministra no sabe lo que es una mujer, y la secretaria solo cree que lo es».

Como señala *Fronteiras Borradas*, «estos ataques coincidieron con una ofensiva transnacional más amplia», en la que activistas brasileños colaboraron con redes antigénero europeas y norteamericanas. La coincidencia de hashtags y argumentos confirma la circulación de guiones: *mujeres borradas, tiranía trans, censura de la disidencia*.

En este sentido, la comparecencia de Brasil ante la CEDAW se convirtió tanto en síntoma como en escenario: una demostración de cómo las políticas nacionales de género se desarrollan ahora a través de bucles de retroalimentación transnacionales.

Reem Alsalem y la crisis de género en la ONU

Pocos episodios ilustran mejor el entrelazamiento global del feminismo antigénero que la controversia en torno a Reem Alsalem, la Relatora Especial de la ONU sobre la Violencia contra las Mujeres y las Niñas (VAWG). Nominada en 2021, Alsalem adoptó gradualmente posturas alineadas con el feminismo «crítico del género», oponiéndose a las leyes de autoidentificación y distinguiendo a las «mujeres en riesgo de sufrir violencia masculina» de las mujeres trans.

Para 2023, sus opiniones la habían convertido en una heroína para la derecha antigénero. Cuando el gobierno brasileño pospuso su misión prevista, ella respondió «utilizando procedimientos poco ortodoxos», convocando una reunión en línea con aproximadamente 85 a 90 activistas brasileños, muchos de ellos pertenecientes a redes esencialistas. Defendió «enfoques cautelosos» respecto a la identidad de género que preserven «espacios reservados para las mujeres», insistiendo en que su postura «no incita al odio contra ninguna mujer».

Sin embargo, tal y como recoge *Fronteiras Borradas*, «los comentarios del chat no siguieron la misma etiqueta», desbordándose de transfobia abierta y denuncias contra la teoría de género. Posteriormente, Alsalem concedió entrevistas al ultraconservador diario *Gazeta do Povo*, alegando haber sido «cancelada, atacada y difamada». Posteriormente, el periódico publicó artículos en los que acusaba a las autoridades brasileñas de «perseguirla» y de «silenciar a las mujeres que cuestionan la ideología de género».

Alineamientos diagonales: de Ginebra a Curitiba

El caso de la Relatora ejemplifica lo que Corrêa denomina «cruce diagonal». Por un lado, Alsalem se posiciona dentro del aparato de derechos humanos de la ONU, por otro, se hace eco de los argumentos de los medios de extrema derecha. Esta ambivalencia refleja lo que Callison y Slobodian describen como «diagonalismo»: «el colapso de las distinciones entre izquierda y derecha a través de una desconfianza epistémica compartida hacia las instituciones».

En Brasil, esta desconfianza alimenta alianzas entre feministas autoproclamadas y la derecha religiosa o nacionalista. El informe enumera el *Gazeta do Povo* (alineado con la familia católica Gandra Martins) junto a think tanks globales como Alliance Defending Freedom (ADF), Heritage Foundation y Atlas Network como nodos clave de conexión. A través de estos circuitos, las feministas esencialistas obtienen acceso a recursos y visibilidad que superan con creces su tamaño numérico.

El regreso de Trump y el «orden mundial antigénero»

La culminación de estos vínculos transnacionales llegó con el regreso de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en enero de 2025. A los pocos días, emitió la Orden Ejecutiva *Defending Women from the Extremism of Gender Ideology and Restoring Biological Truth in the Federal Government*, proclamando que «solamente existen dos sexos».

Como observa *Fronteiras Borradas*, «el lenguaje adoptado en el título —“defender a las mujeres del extremismo de la ideología de género”— proviene directamente del léxico de las feministas esencialistas y las transfóbicas». Una semana después, Alsalem elogió públicamente el decreto, afirmando que enviaba «un mensaje claro de que los derechos de las mujeres y las niñas en los espacios exclusivos para mujeres importan».

Judith Butler (2025) ha descrito este momento como «una inagotable efusión de sadismo», en la que el género se convierte en el tótem a través del cual el autoritarismo lleva a cabo una purificación moral. Corrêa relaciona esto con la situación brasileña: «el nuevo desorden inaugurado por Trump tiene una conexión directa con las dinámicas analizadas en este estudio».

En este sentido, el ámbito brasileño es a la vez participante y laboratorio de una reacción planetaria. El feminismo antigénero que surgió de los espacios públicos digitales brasileños encuentra ahora su afirmación en el Estado más poderoso del mundo, completando así el circuito que va de la confusión local al orden global.

De las redes a la ONG: el nacimiento de *Mátria*

El acontecimiento más trascendental documentado por *Fronteiras Borradas* es el registro formal de la *Mátria – Associação de Mulheres, Mães e Trabalhadoras do Brasil* en octubre de 2023. Esta ONG, según el informe, «marcó una nueva dimensión de visibilidad, capilaridad e impacto de las posturas transexcluyentes». Colectivos que antes estaban dispersos ahora «giran en torno a esta plataforma, incluso cuando no están afiliados formalmente».

La *Mátria* ejemplifica lo que Fraser y Honneth (2003) denominan «la institucionalización del reconocimiento»: la transformación del agravio afectivo en forma burocrática. Sin embargo, aquí el reconocimiento se invierte: no se dirige hacia los sujetos marginados, sino contra ellos. A través de peticiones, escritos de *amicus curiae* y cartas a organismos estatales, La *Mátria* se ha convertido en el brazo jurídico del feminismo antigénero.

El litigio estratégico como arma

El informe enumera múltiples ejemplos del activismo jurídico de la *Mátria*:

- **Solicitudes dirigidas a la Fiscalía General, al CNJ y a la Corte Suprema** en las que se cuestionan los datos oficiales sobre la violencia contra las personas trans.
- **Peticiones presentadas en virtud de la Ley de Acceso a la Información de Brasil**, en las que se exige a los ministerios que definan el término «mujer».
- **Intervenciones legales** en defensa de la resolución restrictiva del Consejo Médico Federal sobre la atención médica a las personas trans.
- **Una demanda constitucional (ADO 2920/DF)** contra el CNJ por publicar los datos de ANTRA sobre la esperanza de vida de las personas trans.

En abril de 2025, el juez Dias Toffoli desestimó el recurso por «carecer de fundamento técnico», declarando que la petición «constituye un verdadero ataque

injustificado contra un grupo social vulnerable (transexuales y travestis)». Sin embargo, el mero hecho de litigar cumple su propósito: generar publicidad y enmarcar los derechos de las personas trans como una imposición de la élite sujeta a corrección judicial.

El mundo académico y la batalla por la autoridad epistémica

El activismo de la *Mátria* va más allá de los tribunales. Como señala *Fronteiras Borradas*, la organización «alienta a estudiantes y académicos a solicitar becas para estudiar la desigualdad basada en el sexo (no en el género)» y recopila testimonios de mujeres que afirman haber sido «perseguidas por defender derechos basados en el sexo».

Esta ofensiva epistémica es paralela a la creación de «think tanks alternativos» en los Estados Unidos y el Reino Unido que buscan desplazar los estudios de género con un «feminismo basado en la biología». Se trata de un intento, como escribe Corrêa, «de erosionar el consenso normativo y cultural respecto a los derechos de identidad de género». En el sentido foucaultiano, es una lucha por los *regímenes de verdad*: ¿quién define lo real?

Al transformar la transfobia en un paradigma académico, la organización *Mátria* difumina la distinción entre activismo y academia — otro ejemplo de diagonalismo, donde la reacción adopta los idiomas de la crítica.

El frente feminista de la guerra cultural

Lo que distingue a *Mátria* de las ONG conservadoras anteriores es su autopresentación explícitamente feminista. Afirma luchar «por la protección de las mujeres y los niños», posicionándose como el centro racional entre «la derecha misógina y la izquierda identitaria». Este centrismo retórico le permite colaborar tanto con conservadores católicos como con libertarios seculares, reflejando los «cruces diagonales» que identifica *Fronteiras Borradas*.

Como observa Corrêa, «estos actores son gestores diagonalistas de la confusión: un vigoroso confusionismo que, en última instancia, beneficia a la ultraderecha». El propio nombre de la ONG — *Mátria*, la contraparte femenina de «Patria» — resume esta paradoja: el nacionalismo maternal como feminismo.

La política diagonal y la confusión feminista

La categoría analítica del *diagonalismo* (Callison y Slobodian, 2023) ayuda a explicar el inquietante parecido entre ciertos discursos de izquierda y de derecha sobre el género en Brasil. *Fronteiras Borradas* observa que «las corrientes de esencialismo feminista operan en todo el espectro —desde la izquierda hasta la ultraderecha— tendiendo puentes entre movimientos maternalistas, actores liberales y conservadores religiosos». No se trata simplemente de eclecticismo ideológico, sino de una reorganización del propio campo político.

Callison y Slobodian describen el diagonalismo como el «colapso de la distinción entre izquierda y derecha a través de una oposición compartida al liberalismo institucional». En el contexto feminista brasileño, el enemigo común es el *género*: la categoría académica supuestamente abstracta que, para ambos bandos, personifica la alienación de las élites respecto a las «mujeres comunes». Las feministas esencialistas describen la teoría de género como una imposición de la «burocracia identitaria», mientras que los populistas de derecha la enmarcan como una conspiración «globalista». La resonancia es afectiva antes que lógica: ambos se alimentan de la desconfianza hacia la mediación y la pericia.

Esta convergencia revela lo que Corrêa (2025) denomina «*confusionismo vigoroso*»: un «confusionismo vigoroso» que escenifica el pluralismo al tiempo que consolida la reacción. Las influencers feministas que proclaman no ser «ni de derecha ni de izquierda» adoptan el lenguaje de la protección infantil, la integridad corporal y la soberanía materna. Los mismos tropos aparecen en la propaganda bolsonarista. Su circulación ilustra lo que Ahmed (2021) denomina «la elasticidad del afecto feminista»: la facilidad con la que el cuidado y el miedo se entremezclan.

La infraestructura afectiva del diagonalismo

Las economías afectivas sustentan estos cruces. La gramática emocional del feminismo antigénero está impregnada de miedo (a la borradura), repugnancia (hacia los cuerpos trans) y nostalgia (por la inocencia maternal). Estos afectos unen a sujetos antagónicos, creando lo que el informe describe como «un coro de mujeres comunes» unidas contra la «ideología». La obra de Ahmed, *The Cultural Politics of Emotion* (2017), proporciona el vocabulario teórico para esta dinámica: las emociones no pertenecen a los individuos, sino que circulan entre ellos, formando colectividades «adherentes».

La insistencia esencialista en que el *sexo es real* opera como lo que Lauren Berlant (2011) llamaría un *optimismo cruel*: una fantasía tranquilizadora de estabilidad que depende de la reproducción de la violencia. La fantasía del cuerpo femenino inmutable promete coherencia en un mundo de precariedad, pero perpetúa la inseguridad para aquellas personas cuyos cuerpos se desvían de la norma. En este sentido, el feminismo antigénero funciona como un mecanismo de defensa frente a la ansiedad neoliberal: una forma de ubicar el caos social en la figura del intruso trans en lugar de en la desigualdad estructural.

Ecologías mediáticas diagonales

Las infraestructuras digitales amplifican estas lógicas afectivas. Los mismos canales de Telegram que difunden conspiraciones bolsonaristas sobre «vacunas comunistas» también distribuyen memes que se burlan de la «ideología de género». *Fronteiras Borradas* muestra que los influencers antigénero aparecen como invitados en podcasts de empresarios libertarios, sacerdotes católicos y YouTubers «antiidentitarios» de tendencia izquierdista. El mapa de redes elaborado por el estudio visualiza densas conexiones entre los hashtags #IdeologiaDeGénero, #MulherNaoESentimento y #MãesContraALAP. En esta ecología mediática diagonal, la coherencia ideológica importa menos que las métricas de participación.

La *contradicción performativa* de este ecosistema, por utilizar el término de Habermas, es que los actores antigénero acusan a las feministas de censura mientras utilizan la cancelación como arma contra los activistas trans. Las «denuncias en video», los

premios falsos y las peticiones en línea simulan una democracia participativa al tiempo que disciplinan la disidencia. La forma comunicativa de la justicia social —hashtags, exigencias de transparencia, peticiones— se reutiliza con fines reaccionarios. Como señaló Tufekci (2017) sobre los movimientos en red, las posibilidades digitales recompensan la indignación independientemente de la orientación, el feminismo antigénero simplemente explota esa posibilidad.

Diagonalismo epistémico

El diagonalismo también opera a nivel epistémico. Las feministas esencialistas toman prestadas las críticas de la izquierda radical a la academia neoliberal para atacar los estudios de género. Denuncian «la industria de la identidad» y la «captura de fondos de investigación», presentándose como defensoras de la ciencia empírica frente a la ideología. Sin embargo, su noción de empirismo se basa en el esencialismo biológico y el pánico moral. Esta imitación de la crítica recuerda la advertencia de Gayatri Spivak (1999) sobre el *esencialismo estratégico*: lo que antes era una táctica provisional de los oprimidos se convierte en un arma de la reacción.

El resultado es un relativismo epistémico disfrazado de realismo. Cuando la Matria presenta demandas alegando que las estadísticas sobre la violencia contra las personas trans son «falsas porque no son oficiales», lleva a cabo lo que Latour (2004) denomina la *política de la referencia*: pasar de la crítica a la autoridad a la producción de contrahechos. El diagonalismo prospera en esta niebla epistémica, donde toda afirmación de verdad es sospechosa y toda sospecha es políticamente útil.

El retorno de la violencia

El efecto más inmediato del feminismo esencialista es la violencia material. Brasil sigue siendo, como nos recuerda el informe, «el campeón mundial en asesinatos de personas trans». La amplificación de la retórica transfóbica por parte de actores que reclaman legitimidad feminista intensifica la vulnerabilidad. Cuando funcionarios públicos o personas influyentes insisten en que «las mujeres trans son hombres», invitan al acoso, al doxxing y a las agresiones físicas. Las autoras de *Fronteiras Borradas* señalan que «la escalada del odio en línea ha ido acompañada de la multiplicación de casos de violencia política contra legisladoras trans, en particular Erika Hilton y Duda Salabert».

La obra *Frames of War* (2009), de Butler, ofrece la lente conceptual: al cuestionar si las mujeres trans cuentan como mujeres, el feminismo antigénero las retira del marco de lo que es digno de lamento. No ser reconocida como mujer es no ser digna de duelo. El eslogan «defender a las mujeres» oculta así una lógica necropolítica (Mbembe 2003): definir qué cuerpos pueden morir.

La parálisis institucional y la división feminista

En un segundo nivel, la difusión del discurso esencialista ha fragmentado las instituciones feministas. Como admite una activista entrevistada en el informe: «Hemos respondido poco, quizá nada. Lo que hacemos es utilizar un lenguaje inclusivo con las personas trans y apoyar a las organizaciones trans, pero nadie se enfrenta directamente a las esencialistas». Otra añade: «Nuestra estrategia de respuesta es ineficaz; necesitamos un cordón político de aislamiento». La sensación de parálisis es palpable.

La ofensiva antigénero logra así su objetivo incluso sin tener un dominio numérico: *acapara la conversación*. Las feministas gastan energías debatiendo definiciones en lugar de políticas. El cansancio resultante refleja lo que Sara Ahmed (2017) denomina «fatiga feminista aguafiestas»: el agotamiento que se produce cuando uno debe justificar

continuamente su propia inclusión. La ausencia de una contranarrativa coherente permite a los actores diagonales presentarse como la voz del sentido común.

La desdemocratización de la esfera pública feminista

Fronteiras Borradas sitúa esta parálisis dentro de un «proceso de desdemocratización» más amplio. Durante la presidencia de Bolsonaro, la ideología antigénero pasó a formar parte de la gramática del Estado; tras su derrota, persistió como sentido común social. La transición de un gobierno autoritario a la restauración democrática no desbancó el imaginario antigénero, sino que lo redistribuyó. El feminismo esencialista ocupa el espacio que dejó vacante el Estado, traduciendo el resentimiento autoritario en activismo de la sociedad civil.

La noción de «reacción progresista» de Nancy Fraser (2022) resulta útil aquí: movimientos que adoptan un lenguaje emancipador para oponerse a la emancipación. Al invocar los derechos de las mujeres, las feministas antigénero convierten el proteccionismo patriarcal en una forma feminista. Esta dinámica fractura la esfera pública feminista, obligando a los movimientos inclusivos a elegir entre el silencio (para evitar alimentar la polarización) y la confrontación (que corre el riesgo de una mayor fragmentación). Ambas opciones refuerzan el vórtice de la confusión.

Repercusiones transnacionales

La lógica diagonal se extiende más allá de las fronteras. Los esencialistas brasileños colaboran con redes globales como Women's Declaration International (WDI) y Alliance Defending Freedom (ADF), compartiendo peticiones y asistiendo a conferencias patrocinadas por la Heritage Foundation. Estas interacciones producen lo que *Fronteiras Borradas* denomina «zonas de densa conexión transnacional». En la Conferencia Panafricana para la Familia de 2025 celebrada en Nairobi — organizada por Family Watch International y la Red Política por los Valores — los actores brasileños aparecieron junto a figuras de la extrema derecha europea y estadounidense. La cruzada antigénero se ha convertido, literalmente, en una política exterior.

Esta transnacionalización transforma el género en una prueba de fuego global para la soberanía. Cuando Reem Alsalem elogió la orden ejecutiva de Trump, respaldó de hecho

la sustitución de los estándares internacionales de derechos humanos por la «verdad biológica» nacional. Para Corrêa y sus coautores, esto marca el advenimiento de un *nuevo orden mundial antigénero*, uno que conecta a Washington, Varsovia y Brasilia a través de mitologías compartidas de protección.

Conocimiento, ignorancia y la reproducción de los malentendidos

La perdurabilidad de la política antigénero depende de lo que *Fronteiras Borradas* denomina «el conservadurismo inerte del género». A lo largo de todo el espectro ideológico, persiste la ignorancia sobre la teoría de género, incluso entre quienes se identifican como feministas. Las autoras instan a realizar «inversiones urgentes en la producción y traducción de conocimiento crítico». Sin dicha traducción, el género sigue siendo, para muchos, una «fantasmagoría», fácilmente inflada hasta convertirse en una amenaza.

Esta brecha epistémica se hace eco de la idea de Eve Sedgwick (1990) de que la ignorancia no es la ausencia de conocimiento, sino su organización política. El movimiento antigénero cultiva la ignorancia como identidad: rechazar la teoría de género es representar la autenticidad. Superar esto requiere no solo un trabajo pedagógico, sino también afectivo —lo que Ahmed denomina «crear el sentimiento de pertenencia para las personas trans». *Fronteiras Borradas* concluye precisamente con esta nota, instando a las feministas a «respirar profundamente y comprender mejor lo que está sucediendo para poder responder de manera eficaz».

El feminismo en los confines del mundo

La trayectoria trazada en *Fronteiras Borradas* — desde el pánico moral de Bolsonaro hasta la orden de Trump sobre la «verdad biológica» — revela la escala planetaria de la reacción contra el género. Brasil ejemplifica cómo mutan las políticas antigénero: desde las campañas clericales contra la educación, pasando por el populismo digital, hasta la articulación feminista y, finalmente, la institucionalización jurídica. Cada mutación profundiza la paradoja que Corrêa señala en su párrafo final: «estas dinámicas no deben reducirse a meros conflictos intrafeministas, ni a situaciones marginales que afectan solo a las personas trans; pertenecen al oscuro panorama de la desdemocratización y el neofascismo».

En este panorama, el feminismo antigénero funciona tanto como síntoma como agente de la crisis democrática. Se nutre de la desinformación, la desconfianza epistémica y la mercantilización de la indignación — rasgos comunes al autoritarismo contemporáneo —. Sin embargo, lo hace en nombre del feminismo, lo que demuestra que la reacción ya no necesita rechazar la emancipación, basta habitarla.

Recuperar el significado del género

Si el problema es epistémico y afectivo, también debe serlo la respuesta. La teoría feminista, a menudo acusada de abstracción, debe volver a la esfera pública en forma de traducción. Butler (2022) nos recuerda que «el género no es lo que uno es, sino lo que uno hace con las normas que rigen su existencia». Defender el género es defender la capacidad de cuestionar la propia normatividad. El desafío, entonces, consiste en volver a conectar esta gramática crítica con el léxico cotidiano de los derechos y la pertenencia.

El llamamiento de Corrêa es pragmático: «Es urgente que los feminismos inclusivos y otros actores democráticos amplíen su conocimiento sobre las corrientes esencialistas: sus trayectorias, estrategias y efectos». Dicha ampliación requiere alianzas entre disciplinas y movimientos, inversiones en periodismo feminista y valentía institucional para hacer frente al odio disfrazado de debate.

Hacia una política de la claridad

Lo que *Fronteiras Borradas* exige en última instancia es claridad, no en el sentido de un cierre definicional («¿qué es una mujer?»), sino de discernimiento analítico. Desdibujar las fronteras es reconocer que la confusión es una estrategia. La tarea feminista es, por lo tanto, doble: proteger las vidas trans y defender las condiciones epistémicas de la democracia. No se trata de una cuestión de pureza, sino de supervivencia.

Ahmed (2017) escribe que «ser feminista es causar un problema». En tiempos en que el feminismo mismo se convierte en el problema tanto para la derecha como para la izquierda, la tarea consiste en seguir siendo problemáticos: insistir en la complejidad, la solidaridad y la labor inconclusa del género. El caso brasileño nos enseña que la lucha por el género nunca se trata únicamente de identidad, se trata del significado de la política misma.

REFERENCIAS

- Ahmed, Sara. 2017. *Living a Feminist Life*. Durham: Duke University Press.
- Ahmed, Sara. 2021. *Complaint!* Durham: Duke University Press.
- Berlant, Lauren. 2011. *Cruel Optimism*. Durham: Duke University Press.
- Butler, Judith. 1990. *Gender Trouble*. New York: Routledge.
- Butler, Judith. 2004. *Undoing Gender*. New York: Routledge.
- Butler, Judith. 2009. *Frames of War: When Is Life Grievable?* London: Verso.
- Butler, Judith. 2022. *Who's Afraid of Gender?* New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Callison, William, and Quinn Slobodian. 2023. "Diagonalism: Anti-Establishment Politics from Left to Right." *Public Culture* 35 (3): 453–478.
- Corrêa, Sônia et al. 2025. *Fronteiras Borradas: Movimentos Feministas e de Mulheres e Política Antigênero no Brasil*. Rio de Janeiro: SPW.
- Fraser, Nancy. 2013. *Fortunes of Feminism*. London: Verso.
- Fraser, Nancy. 2022. *Cannibal Capitalism*. London: Verso.
- Haraway, Donna. 1988. "Situated Knowledges." *Feminist Studies* 14 (3): 575–599.
- Mbembe, Achille. 2003. "Necropolitics." *Public Culture* 15 (1): 11–40.
- Paternotte, David, and Roman Kuhar, eds. 2017. *Anti-Gender Campaigns in Europe*. London: Rowman & Littlefield.

Sedgwick, Eve Kosofsky. 1990. *Epistemology of the Closet*. Berkeley: University of California Press.

Tufekci, Zeynep. 2017. *Twitter and Tear Gas*. New Haven: Yale University Press.